

Salir, caminar y sembrar siempre de nuevo

Día de la Acción Católica
y del Apostolado Secular 2017



© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

Mensaje de los obispos

Una de las cuestiones que más puede iluminar nuestro horizonte evangelizador es el de valorar el papel de los laicos para una Iglesia en salida. Hablar de laicado es significar una Iglesia que se encarna en la sociedad de hoy. Tenemos que agradecer el testimonio de miles de laicos que a través su vida proclaman el Evangelio en una sociedad cada vez más secularizada; y agradecer también la acción pastoral y misionera de parroquias, hermandades, asociaciones y movimientos, que nos ayudan a fortalecer y transmitir nuestra fe.

Tenemos que recuperar la fe en el ámbito de lo público. En un contexto que tiende a relegar la fe a la pequeña esfera de lo privado, necesitamos cristianos que hagan visible la acción del Espíritu en el día a día de la vida familiar, laboral, cultural y social. Tanto en los pequeños gestos o vicisitudes de nuestra vida ordinaria, como en las estructuras o entramados sociales que repercuten decisivamente en la vida pública.

Por tanto, es tiempo de salir. Salgamos de nosotros mismos. Nuestra fe es expansiva. Es acoger la llamada amorosa que Dios nos hace para regalar su amor a nuestros hermanos, especialmente a aquellos que más lo necesitan. No hay mayor alejamiento de Dios que no querer salir de uno mismo, pero su Espíritu siempre tira de nosotros hacia afuera. Abramos nuestro corazón a su acción. No es tiempo de recluirse, ni personal ni comunitariamente. Abramos nuestros ojos a la realidad que nos rodea. Reconozcamos nuestros vacíos, nuestras heridas y las de todas las personas de nuestro entorno social. Vayamos al encuentro de toda realidad sufriente para transmitir la misericordia de Dios, la fuerza sanadora que nos restaura y nos encamina a la plenitud. No nos dejemos ganar por la in-

diferencia. Apostemos por una Iglesia que, a modo de “hospital de campaña”, trata de curar con los medios que tiene allá donde está el enfermo. La misión no pasa por acciones puntuales, ni es cosa de especialistas. Todos hemos recibido esta encomienda. Los laicos habitáis en el mundo, estáis de continuo en contacto con toda esta realidad. Vivid con alegría esta tarea de transmitir el rostro misericordioso de Dios allá donde están nuestros contemporáneos.

Es tiempo de caminar. Los cristianos no deambulamos por el mundo, tenemos un fin, una orientación última que da sentido a nuestra vida. Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida (*Jn* 14, 6). Él nos acompaña siempre. Y juntos, como Iglesia, caminamos siguiendo sus pasos. La fe no es estática, la fe genera un dinamismo vital que nos impide quedarnos quietos. Tenemos que ahondar en la esencia de la vocación que hemos recibido en el bautismo, entendiendo que Dios constantemente nos propone acercarnos más a Él y a los hermanos. ¿Abrimos nuestros oídos a su voz? ¿Estamos dispuestos a responder a su llamada? ¿A seguirle? Asumir el papel del laicado en la misión de la Iglesia, la superación del clericalismo, pasa por entender que Dios tiene un plan para cada uno de nosotros, un proyecto de vida que nos encamina a ser felices y a sentirnos corresponsables en la construcción de su Reino.

Es tiempo de sembrar. Queremos sembrar la Palabra de Dios en el corazón de todos los hombres. «Todos somos llamados a ofrecer a los demás el testimonio explícito del amor salvífico del Señor, que más allá de nuestras imperfecciones nos ofrece su cercanía, su Palabra, su fuerza, y le da un sentido a nuestra vida. Tu corazón sabe que no es lo mismo la vida sin Él; entonces eso que has descubierto, eso que te ayuda a vivir y te da una esperanza, eso es lo que necesitas comunicar a otros» (EG, n. 121). Y así, «en la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será un ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos» (EG, n. 180).

Sembrar la Palabra de Dios implica ser promotores de diálogo en la sociedad y ser constructores de la civilización del Amor, tratando de transmitir valores y actitudes que contribuyan a la edificación de un mundo más justo y fraterno.

Siempre de nuevo. No se trata tanto de hacer cosas nuevas, que también, sino hacer nuevas las cosas que hacemos. Esto pasa por apostar por la autenticidad. Todos somos llamados a ser evangelizadores con Espíritu, personas que arraiguen su vida en Cristo para ser sus testigos. Él es quien sostiene y anima nuestra acción evangelizadora, suscitando en nosotros el deseo de vivir siempre el dinamismo de la fe, que es también el dinamismo del amor, que busca dar siempre gratis lo que gratis hemos recibido, sin pararnos en nuestros límites y dificultades, sino dejarnos en todo momento conducir por sus inspiraciones.

Le pedimos al Espíritu Santo que infunda en nosotros la fuerza para anunciar la novedad y la alegría del Evangelio con audacia, en voz alta y en todo tiempo y lugar (cf. EG, n. 259).

Presidente

✠ MONS. JAVIER SALINAS VIÑALS
Obispo Auxiliar de Valencia

Vicepresidente y Presidente de la Subcomisión para la Familia y la Defensa de la Vida

✠ MONS. MARIO ICETA GAVICAGOGASCOA
Obispo de Bilbao

Consiliario de la Acción Católica

✠ MONS. CARLOS MANUEL ESCRIBANO SUBIAS
Obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño

Pastoral de Juventud

✠ MONS. ANTONIO GÓMEZ CANTERO
Obispo de Teruel y Albarracín.

Pastoral Obrera

✠ MONS. ANTONIO ÁNGEL ALGORA HERNANDO
Obispo Emérito de Ciudad Real

Foro de Laicos

✠ MONS. ARTURO ROS MURGADAS
Obispo Auxiliar de Valencia

Consiliario de Cursillos de Cristiandad

✠ MONS. JOSEP ÀNGEL SÁIZ MENESES
Obispo de Tarrasa

Familia y Vida

✠ MONS. JUAN ANTONIO REIG PLÁ
Obispo de Alcalá de Henares

✠ MONS. JOSÉ MAZUELOS PÉREZ
Obispo de Jerez de la Frontera

✠ MONS. JUAN ANTONIO AZNÁREZ COBO
Obispo Auxiliar de Pamplona

✠ MONS. FRANCISCO GIL HELLÍN
Arzobispo Emérito de Burgos

Material para la reflexión

Desde el Génesis el Espíritu Santo está presente y activo en la creación, podemos rastrear sus actos a lo largo de todo el Antiguo Testamento; hay un momento de inflexión cuando el Libro de los Hechos relata como el Espíritu descendió y comenzó a morar en los discípulos. Aquellos son los mismos discípulos que estaban decididos a seguir a Jesús a pesar de todo, pero que se dispersaron en cuanto Jesús fue arrestado. Y aquí están reunidos juntos, sin duda confundidos en cuanto a cómo deberían proceder, ahora que Jesús había ascendido. Sin embargo, cuando descendió el Espíritu Santo y moró en ellos se produjo un cambio radical. Desde ese momento en adelante ninguno de los discípulos volvió a ser el mismo. Asumieron un papel activo para «salir, caminar y sembrar siempre de nuevo» (EG, n. 21).

Los profetas anunciaron que Dios habría de derramar el Espíritu Santo sobre todo su pueblo capacitándolo para vivir una vida en santidad, amor y justicia, en Pentecostés se cumplió el anuncio. En Pentecostés la alegría les inunda, les llena de gozo. Una alegría, nos dirá el papa Francisco que renueva y se comunica (EG, n. 2), la alegría del Evangelio que llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús (EG, n. 1).

Si en Pentecostés nace la Iglesia, el mismo nacimiento se da en cada uno de nosotros por el bautismo y la confirmación. Los laicos estamos llamados a buscar esa vocación que se nos ha dado en los designios de Dios, porque todo creyente está llamado a vivir su vida como vocación, abierto a esa llamada de Dios que le descubre la identidad y misión en el mundo.

Ser creyente es una vocación y una respuesta a esa llamada, a esa iniciativa amorosa de parte de Dios. Ya nos recuerda el Concilio

Vaticano II que por el bautismo somos llamados a formar parte de la familia de los hijos de Dios, a ser santos. La vocación, menciona la benedictina J. Chittister¹, exige resistencia y persistencia, compromiso y estabilidad. Vivir la vida como vocación cristiana implica entregarse confiadamente a la iniciativa de Dios, responder a ese don de amor que nos capacita para ser nosotros mismos, caminar en constante diálogo con Dios y realizarnos en unión con Él.

El diálogo entre Dios y el hombre tiene su centro en Cristo. «No se comienza a ser cristiano –nos recuerda Benedicto XVI– por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (*Deus caritas est*, n. 1). La vocación cristiana impulsa a seguir las huellas de Cristo y hacer realidad en nosotros las palabras del apóstol Pablo: «No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí» (*Gál 2*, 20).

La obra de Dios en el hombre requiere la coparticipación, colaboración y responsabilidad del mismo hombre. El hombre debe responder al llamamiento desde su voluntad libre.

1. Llamados para salir

En la dinámica bíblica, toda vocación implica una misión, de salir de sí, del caminar y sembrar siempre de nuevo (EG, n. 21). Ser llamado es la premisa para ser enviado y conduce hacia allí irremediablemente. Dios llama siempre enviando a los otros. La misión es el don puesto al servicio de los demás, es la apertura del propio yo al otro. Dios nos llama a ser la manifestación de su amor a la humanidad. La vocación, desde la fe cristiana está siempre encaminada a mejorar la vida de los demás, a construir el proyecto del Reino,

¹ J. CHITTISTER, *Llamados a la plenitud. Vocación y vocaciones*, Santander 2013, p. 104.

a vivir no desde la superficie de la vida, sino desde la entraña más profunda, sabiendo que en nuestra historia personal se entrelaza la historia oculta del amor de Dios hacia cada uno de nosotros. Así lo hace el apóstol Pedro tras recibir al Espíritu Santo (*Hch* 2, 14) levantó su voz, comenzó a contar lo que había vivido con Jesús. Sí, este mensaje es necesario, es único. Lleva consigo una sabiduría que no es de este mundo. Es capaz de suscitar por sí mismo la fe, una fe que tiene su fundamento en la potencia de Dios (1 *Cor* 2, 5). Es la Verdad. Merece que el apóstol le dedique todo su tiempo, todas sus energías y que, si es necesario, le consagre su propia vida (EN, n. 5).

El Señor nos dice: «Vayamos a otra parte, a predicar también en las poblaciones vecinas, porque para eso he salido» (*Mt* 1, 38).

2. Salir para llenar los vacíos existenciales

«En una cultura frecuentemente dominada por la técnica, se multiplican las formas de tristeza y soledad en las que caen las personas, entre ellas muchos jóvenes. En efecto, el futuro parece estar en manos de la incertidumbre que impide tener estabilidad. De ahí surgen a menudo sentimientos de melancolía, tristeza y aburrimiento que lentamente pueden conducir a la desesperación. Se necesitan testigos de la esperanza y de la verdadera alegría para deshacer las quimeras que prometen una felicidad fácil con paraísos artificiales. El vacío profundo de muchos puede ser colmado por la esperanza que llevamos en el corazón y por la alegría que brota de ella. Hay mucha necesidad de reconocer la alegría que se revela en el corazón que ha sido tocado por la misericordia. Hagamos nuestras, por tanto, las palabras del Apóstol: “Estad siempre alegres en el Señor” (*Flp* 4, 4; cf. 1 *Tes* 5, 16)»².

² FRANCISCO, *Misericordia et misera*, n. 3.

Evangelizar supone crear un proceso liberador en la persona en el cual se da respuesta a sus necesidades y en el que se educa en los valores fundamentales del ser humano, de modo que sea capaz de acoger la mayor oferta de liberación que el hombre ha recibido: la vida en Cristo Jesús, muerto y resucitado³.

Encontrarse con Jesucristo colma nuestro corazón, lo dilata, lo llena de alegría, nos capacita para el amor auténtico y sentimos el estímulo para llevar a los demás a Él. Cuando practicamos la cercanía con los otros como lo hizo el Señor con Nicodemo, Zaqueo o la Samaritana llegamos a la conciencia personal de la persona ofreciéndoles la Buena Noticia de libertad y esperanza que nosotros hemos descubierto.

3. Acoger y anunciar, salir e incorporar

Acoger como hizo Jesucristo cuando miró a los ojos a la pecadora, que mirándole a los ojos reconoció su deseo de ser comprendida, perdonada y liberada (MM, n. 1) y *anunciar* a Jesucristo, que es la Verdad hecha persona, que atrae hacia sí mismo, que colma nuestro corazón, lo dilata y lo llena de alegría, impulsa nuestra inteligencia hacia horizontes inexplorados y ofrece a nuestra libertad su decisivo punto de referencia, sacándola de las estrecheces del egoísmo y capacitándola para un amor auténtico⁴.

Tenemos que *salir* fuera de nuestras comunidades con botellas del “agua viva” que nos ofrece Jesús (cf. *Jn* 4, 10); buscando a las ovejas descarriadas, sedientas, dando gratis lo que gratis hemos recibido (cf. *Mt* 10, 8). Como describe el papa Francisco, la Iglesia tiene que ser un «hospital de campaña» que, como el Buen Samaritano

³ CEAS, *Proyecto Marco de Pastoral de Juventud*, EDICE, Madrid 2007, p. 123.

⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso* a los participantes en la asamblea eclesial de Roma (5.VI.2006).

(cf. Lc 10, 25-37), va a al encuentro del herido y con sus pobres medios lo rescata y acompaña hasta su curación.

4. El anuncio kerigmático

No podemos renunciar al elemento primordial de la misión, el anuncio del kerygma. El primer anuncio, o «kerygma», debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial. En nosotros debe resonar siempre el primer anuncio: «Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte». Cuando a este primer anuncio se le llama «primero» eso no significa que está al comienzo y después se olvida o se reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio principal, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra (cf. EG, n. 164).

Devolvamos a nuestras comunidades la dimensión kerigmática de la evangelización. Esto no solo ayudará a potenciar su carácter misionero, sino que revitalizará la fe de sus laicos, pues esta se fortalece cuando ellos mismos son capaces de anunciarla a otros, dando razones de por qué creen.

5. El testimonio personal

Los cristianos que actúan en el amor de Dios viven sus vidas marcadas por el amor y aman al prójimo como a sí mismo, viven con integridad, caridad, compasión y humildad y vencen toda arrogancia, condescendencia y desprecio. Son personas que llaman la atención porque actúan con fidelidad al Evangelio.

Hemos de llevar el Evangelio a las personas con las que cada uno trata, tanto a los más cercanos como a los desconocidos. Ser discípulo misionero es tener la disposición permanente de llevar a otros el amor de Jesús, y eso se produce espontáneamente en cualquier lugar: en la calle, en la plaza, en el trabajo, en un camino (cf. EG, n. 127).

Recordemos aquello que Benedicto XVI nos ha dicho: «La Iglesia no crece por proselitismo. Crece por atracción». Y eso que atrae es el testimonio.

6. Misericordia y promoción humana

En el Señor todo habla de misericordia. Nada en Él es falto de compasión. La misericordia se muestra como la fuerza que todo vence, que llena de amor el corazón y que consuela con el perdón. Los laicos estamos llamados a vivir de misericordia, porque a nosotros en primer lugar se nos ha aplicado la misericordia.

Jesús nos pide no juzgar, no condenar, pero también perdonar y dar. Un darse para procurar el bien y la promoción de la humanidad. Porque a todos se nos «ha dado como un germen un conjunto de aptitudes y cualidades para hacerlas fructificar» (PP, n. 15). Si descuidamos la dimensión social de la evangelización corremos el riesgo de desfigurar el sentido auténtico e integral que tiene la misión.

7. Comunidades servidoras de los pobres

Esto nos lleva a recordar un criterio clave de autenticidad de nuestra fe: la opción por los pobres, los últimos, aquellos que la sociedad descarta y desecha. El papa Francisco recuerda una precisa formulación teológica de Benedicto XVI en la que afirma que «esta

opción para los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza» (EG, n. 198).

Es una invitación apremiante a tener claro dónde tenemos que comprometernos necesariamente. «Nos pidieron que nos acordáramos de los pobres, lo cual he procurado cumplir» (*Gál* 2, 1). No podemos olvidarnos de los pobres: es una invitación hoy más que nunca actual, que se impone en razón de su evidencia evangélica.

Nos recuerda el papa una interpeladora reflexión para todos aquellos que no somos pobres o marginados sociales: «los más favorecidos deben renunciar a algunos de sus derechos para poner con mayor liberalidad sus bienes al servicio de los demás» (EG, n. 190).

El mundo exige y espera de nosotros sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos, especialmente para los pequeños y los pobres, obediencia y humildad, despegue de sí mismo y renuncia. Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo (EN, n. 76).

8. El testimonio y la acción comunitaria

Ahora bien, el rostro de Jesucristo no llega a nosotros por una cadena de transmisiones individuales de la fe, sino de la mano de la acción evangelizadora de toda la Iglesia. La Iglesia, que tiene su origen en el Dios trinitario, es un misterio de comunión. En cuanto comunión, la Iglesia no es una realidad solamente espiritual, sino que vive en la historia, por decirlo así, en carne y hueso⁵. Son necesarias actuaciones comunitarias que, además de ser signos de transformación en sí mismas, a la vez nos eduquen en cómo podemos impli-

⁵ BENEDICTO XVI, Inauguración de la Asamblea eclesial de la diócesis de Roma (26.V.2009).

carnos individualmente en la construcción del Reino. Acciones que busquen promover una mayor justicia, igualdad, dignidad, renovando en clave evangélica a las personas (actitudes, mentalidad, etc.) y también las condiciones de vida: económicas, sociales, estructurales, ambientales, etc. Acciones que nazcan de la propia vivencia de la fe, que se realicen desde una vivencia de sana eclesialidad y que no opaquen el anuncio explícito del Evangelio.

9. En diálogo con el entorno social

«No hay que pensar que el anuncio evangélico deba transmitirse siempre con determinadas fórmulas aprendidas, o con palabras precisas que expresen un contenido absolutamente invariable. Se transmite de formas tan diversas que sería imposible describirlas o catalogarlas, donde el Pueblo de Dios, con sus innumerables gestos y signos, es sujeto colectivo. Por consiguiente, si el Evangelio se ha encarnado en una cultura, ya no se comunica sólo a través del anuncio persona a persona» (EG, n. 129).

La aceptación del amor de Dios provoca en la vida de la persona y en sus acciones una primera y fundamental reacción: desear, buscar y cuidar el bien de los demás. Para trabajar por el bien común, el papa Francisco nos anima a no tener miedo y a dialogar, a buscar aliados en el empeño por la defensa de la dignidad humana, en la justa distribución de los bienes y la renta, en el acceso a la educación, la salud, al trabajo con salario justo que permita el acceso adecuado a los demás bienes que están destinados al uso común, en la construcción de una convivencia pacífica entre los pueblos y en la custodia de lo creado.

10. Con la alegría del Evangelio

Y todo, desde la alegría del Evangelio. «Qué significativas son, también para nosotros, las antiguas palabras que guiaban a los primeros cristianos: “Revístete de alegría, que encuentra siempre gracia delante de Dios y siempre le es agradable, y complácete en ella. Porque todo hombre alegre obra el bien, piensa el bien y desprecia la tristeza (...). Vivirán en Dios cuantos alejen de sí la tristeza y se revistan de toda alegría”» (*Misericordia et misera*, n. 3). Nuestras comunidades, a través del testimonio personal y comunitario de todos sus miembros, deben proyectar una forma de vivir que llame la atención, para que quien las contemple se pregunte: ¿por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros?

11. Todos somos llamados a «salir, caminar y sembrar siempre de nuevo»

«Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. (...) Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades» (EG, n. 49).

Salir para dar la vida. Salir al encuentro de los más alejados. Pentecostés es un tiempo de gracia para abrir las puertas del corazón, de la vida, de las comunidades.

«Hoy (...) todos somos llamados a esta nueva “salida” misionera; (...) todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio» (EG, n. 20).

Ningún cristiano puede permanecer impasible ante esta llamada que hace el papa Francisco; necesitamos salir de nuestras seguridades, necesitamos cristianos en movimiento capaces de agrandar sus horizontes, sin la estrechez del cálculo humano, sin temor a cometer errores, sino con la gran medida del corazón misericordioso de Dios.

Pidamos la intercesión materna de la Virgen María, que, como hizo con los Apóstoles en el Cenáculo en espera de Pentecostés, nos acompañe también a nosotros y nos impulse a mirar con confianza al futuro.

COMISIÓN EPISCOPAL DE APOSTOLADO SEGLAR

Vigilia de Pentecostés

Ambientación: preparamos el cirio pascual en un lugar visible y destacado, preferiblemente en el centro de nuestra asamblea. Utilizaremos como signos: un poster o imagen de Cristo (preferiblemente vivo), un cesto con velas pequeñas (de quemador) y música ambiental. Antes de comenzar la celebración buscaremos a los lectores y prepararemos todo con ellos para no interrumpir la marcha ni el clima de la celebración. Proponemos algunos cantos, pero pueden ser sustituidos por aquellos que cada comunidad considere más apropiados.

Canto inicial

1. Ilumíname, Señor, con tu Espíritu,
transfórmame, Señor, con tu Espíritu.
Ilumíname, Señor, con tu Espíritu.
Ilumíname y transfórmame, Señor.

Y déjame sentir el fuego de tu amor
aquí en mi corazón, Señor (2).

2. Resucítame, Señor, con tu Espíritu,
conviérteme, Señor, con tu Espíritu.
Resucítame, Señor, con tu Espíritu.
Resucítame y conviérteme, Señor.

3. Fortaléceme, Señor, con tu Espíritu,
Consuélame, Señor, con tu Espíritu.
Fortaléceme, Señor, con tu Espíritu.
Fortaléceme y consuélame, Señor.

Primera parte: Salimos con fuerza del Espíritu Santo

Lector 1

«El verdadero misionero, que nunca deja de ser discípulo, sabe que Jesús camina con él, habla con él, respira con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo en él, en medio de la tarea misionera. Si uno no lo descubre a Él presente en el corazón mismo de la entrega misionera, pronto pierde el entusiasmo y deja de estar seguro de lo que transmite, le falta fuerza y pasión. Y una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie» (EG, n. 266).

Secuencia de Pentecostés. Rezamos a dos coros

Ven, Espíritu Divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz y enriquecéenos.
Mira el vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno. Amén.

Tras el rezo de la secuencia de Pentecostés entonaremos el siguiente canto y mientras, desde el fondo de la Iglesia, se introducirá una imagen de Cristo (preferiblemente un poster de Cristo vivo), que colocaremos a los pies del cirio, simbolizando que Él está con nosotros y en nosotros.

Canto: Espíritu de Dios, ven a mi vida

Espíritu de Dios, ven a mi vida,
ven a mi alma, ven a mi ser (2).
Lléname, lléname, con tu presencia
lléname, lléname, con tu poder
lléname, lléname con tu bondad.

Lector 2: (Mt 28, 16-21)

Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos dudaron. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Es-

píritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos».

Canto: Espíritu de Dios ven a mi vida

Espíritu de Dios, ven a mi vida,
ven a mi alma, ven a mi ser. (2)
Lléname, lléname, con tu presencia,
lléname, lléname, con tu poder,
lléname, lléname con tu bondad.

Tiempo para la reflexión personal

VER: Una de las grandes promesas del Señor resucitado a los apóstoles fue que siempre estaría con ellos, que no los abandonaría en la misión. Una de las motivaciones para evangelizar es experimentar el amor que hemos recibido de Jesús, es esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más. ¿Te sientes amado por Jesús? ¿En qué momentos de tu vida experimentas la fuerza de su amor en tu vida? Piensa y trae a tu oración algún hecho concreto en el que hayas sentido el amor de Cristo, su presencia o su envío.

(Tiempo de reflexión personal. Podemos ayudarnos de música instrumental)

Segunda parte: Caminamos movidos por el Espíritu Santo

Lector 1

«Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar esta lla-

mada: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio. La alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos discípulos y misioneros, sino que somos siempre discípulos misioneros» (EG, nn. 20-21).

Lector 2 (Jer 1, 4-8)

El Señor me dirigió la palabra:

«Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré: te constituí profeta de las naciones».

Yo repuse: «¡Ay, Señor, Dios mío! Mira que no sé hablar, que solo soy un niño».

El Señor me contestó: «No digas que eres un niño, pues irás adonde yo te envíe y dirás lo que yo te ordene. No les tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte, oráculo del Señor».

Canto: En mi debilidad (Brotos de Olivo)

En mi debilidad me haces fuerte.
En mi debilidad me haces fuerte.
Solo en tu amor me haces fuerte.
Solo en tu vida me haces fuerte.
En mi debilidad te haces fuerte en mí.

Tiempo para la reflexión personal:

JUZGAR: El origen de una experiencia cristiana auténtica está en sentirte llamado, en reconocer que es Cristo el que tiene la iniciativa en tu vida, sale a tu encuentro y te regala el don de la vocación. Él te hace gustar de su amor para que puedas vivir desde él. ¿Vives

realmente tu vida cristiana como una respuesta a la iniciativa de Dios? ¿Te sientes llamado?

A la luz del testimonio de Jeremías: ¿qué experimentas? ¿Qué llamada recibes?

Gesto: En este momento de reflexión personal quien se sienta llamado y quiera responder a Jesús, se puede acercar al cirio y encender una de las velas que encontrará en el cesto junto a él, situándola en torno a la imagen de Jesús. Como respuesta orante puedes decirle a Jesús (en voz alta o en tu interior):

*Señor Jesús, derrama sobre mí tu Espíritu para
que sea fiel a tus llamadas.*

Tercera parte: Sembramos la alegría del Espíritu Santo

Lector 1

«La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. Los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás. La vida se alcanza y se madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Recobremos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas» (EG, n. 10).

Lector 2

«Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados. Vieron aparecer unas lenguas, como lla-

maradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse» (Hch 2, 1-4).

Canto: Inunda mi ser

Inunda mi ser.

Inunda mi ser.

Espíritu, inunda mi ser. En olas de amor,

oh, ven sobre mí; Espíritu, inunda mi ser.

Enséñame a amar. (2)

Espíritu, enséñame a amar como ama Jesús.

Oh, ven sobre mí...

Tiempo para la reflexión personal:

ACTUAR: Nuestra debilidad y fragilidad se ve fortalecida cuando tomamos conciencia del Espíritu Santo en nosotros y nos dejamos hacer por Él. Cuando no nos anteponeamos a nosotros mismos a la acción de Dios, cuando somos capaces de morir para resucitar con Él. Cuando recurrimos a su gracia para saber ordenar nuestros deseos y todo lo que somos en orden a ser fieles a su Palabra. Solo desde ahí cobra verdadero sentido la misión, nuestro hacer. ¿Cuál es el motor que me mueve? Si camino, ¿para quién son mis pasos? ¿Qué puedo hacer para que lo que realmente siempre en esta vida sea el amor de Dios?

(En este momento, cada uno se fijará un compromiso para poder, con la fuerza del Espíritu Santo, ser «sal y luz» en el mundo. Intentemos que no sean generalidades, sino cosas concretas, donde podamos testimoniar que somos apóstoles de Cristo. El compromiso no será para compartirlo, sino para pedirle al Espíritu su fuerza para llevarlo a cabo).

Canto: Ven, Espíritu de Dios, sobre mí

Ven, Espíritu de Dios, sobre mí.
Me abro a tu presencia,
cambiarás mi corazón.
Ven, Espíritu de Dios, sobre mí.
Me abro a tu presencia,
cambiarás mi corazón.

1. Toca mi debilidad,
toma todo lo que soy.
Pongo mi vida en tus manos
y mi fe.

Poco a poco llegarás
a inundarme de tu luz,
tú cambiarás mi pasado;
cantaré.

2. Quiero ser signo de paz.
Quiero compartir mi ser.
Yo necesito tu fuerza,
tu valor.

Quiero proclamarte a ti.
Ser testigo de tu amor.
Entra y transforma mi vida,
¡ven a mí!

Invocaciones al Espíritu Santo

Podemos preparar estas palabras escritas en pergaminos que colocaremos entre las velas que hemos ido situando. Una persona lo dejará allí mientras otra lee la invocación y petición. Las palabras son: “Fortalece”, “Convierte”, “Infunde”, “Renueva”,

“Transforma”, “Anima”, “Llena”, “impulsa”. Cada dos invocaciones cantaremos:

Canto

Espíritu Santo, ven, ven.
Espíritu Santo, ven, ven.
Espíritu Santo, ven, ven.
En el nombre del Señor.

Espíritu Santo:

- **Fortalece** nuestra débil fe para recibir el coraje de rechazar cualquier obstáculo que nos impida vivir y anunciar tu Palabra.
- **Convierte** nuestro corazón. Restablece en nosotros la relación con el Padre, destruida por nuestro pecado; apártanos de la condición de huérfanos y restitúyenos a la de hijos.

Espíritu Santo, ven, ven.
Espíritu Santo, ven, ven.
Espíritu Santo, ven, ven.
En el nombre del Señor.

- **Infunde** en nosotros la capacidad del diálogo fraterno, que nos ayude a hablar con los demás reconociendo en ellos a los hermanos y hermanas; a hablar con amistad, con ternura, comprendiendo las angustias y las esperanzas, las tristezas y las alegrías de los demás.
- **Renueva** nuestra vida para acoger cada vez más tu proyecto de vida, haciéndonos canales humildes y dóciles de la Palabra de Dios.

Espíritu Santo, ven, ven.
Espíritu Santo, ven, ven.
Espíritu Santo, ven, ven.

En el nombre del Señor.

- **Transforma** todos nuestros deseos, oríentalos hacia ti, para que podamos interpretar las inspiraciones interiores y los acontecimientos de la vida a la luz de las palabras de Jesús.
- **Anima** en nosotros el deseo de vivir unidos a Cristo. Sé el maestro interior de nuestra vida que nos guía por el camino justo, Jesús. Enséñanos a seguirlo, a caminar sobre sus huellas.

Espíritu Santo, ven, ven.

Espíritu Santo, ven, ven.

Espíritu Santo, ven, ven.

En el nombre del Señor.

- **Llena** nuestros corazones con el deseo de vivir el mandamiento del amor y ayúdanos, en todo momento, a vivir desde él. Que todas nuestras actitudes, elecciones, gestos, pensamientos y palabras estén construidas por el testimonio amoroso de Cristo.
- **Impulsa** nuestra vocación, el tomar conciencia de nuestro bautismo que nos convierte en cristianos en salida, dispuestos siempre a partir para anunciar a todos la Buena Noticia del Evangelio.

Espíritu Santo, ven, ven.

Espíritu Santo, ven, ven.

Espíritu Santo, ven, ven.

En el nombre del Señor.

Padrenuestro

Envío y bendición

Derrama, Señor, tu Espíritu Santo sobre nuestros corazones y haznos dóciles a sus inspiraciones. Que sus siete dones infundan

en nosotros el deseo de vivir como discípulos misioneros buscando siempre el salir, caminar y sembrar siempre de nuevo tu Palabra en los corazones de todas las personas con las que nos encontremos.

Salgamos con la fuerza y la alegría del Espíritu Santo en nosotros. Y que la bendición de Dios nos acompañe siempre en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Canto final: Ave María (Verbum panis)

Ave María, ave (bis).

Madre de la espera y mujer de la esperanza,
ora pro nobis.

Madre de sonrisa y mujer de los silencios,
ora pro nobis.

Madre de frontera y mujer apasionada,
ora pro nobis.

Madre del descanso y mujer de los caminos,
ora pro nobis.

Madre del descanso y mujer de los caminos,
ora pro nobis.

Ave María, ave (bis).

Madre del respiro y mujer de los desiertos,
ora pro nobis.

Madre del ocaso y mujer de los recuerdos,
ora pro nobis.

Madre del presente y mujer de los retornos,
ora pro nobis.

Madre del amor y mujer de la ternura,
ora pro nobis.

Ave María, ave.

Ave María, ave (bis).

Subsidio litúrgico para el celebrante

Monición de entrada

«Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que se abren sin temor a la acción del Espíritu Santo». Los discípulos de Jesús lo acompañaron durante su vida, le vieron hacer milagros y prodigios, y fueron privilegiados en escuchar su palabra. Pero fue el día de Pentecostés cuando recibieron la fuerza del Espíritu que les convirtió en testigos valientes del Resucitado.

Hoy celebramos este momento, donde el Espíritu Santo se derrama por doquier en la Iglesia, infundiéndonos el deseo de «anunciar la novedad del Evangelio con audacia, en voz alta y en todo tiempo y lugar, incluso a contracorriente», nos dice el papa Francisco.

«Invoquémoslo hoy, bien apoyados en la oración, sin la cual toda acción corre el riesgo de quedarse vacía y el anuncio finalmente carece de alma. Jesús quiere evangelizadores que anuncien la Buena Noticia no solo con palabras, sino sobre todo con una vida que se ha transfigurado en la presencia de Dios».

Precisamente, con este deseo, celebramos hoy el día de la Acción Católica y el Apostolado Seglar, deseando e implorando que el Espíritu Santo descienda sobre nosotros, los laicos, convierta nuestro corazón al amor de Cristo y que ese amor sepamos vivirlo desde la acogida, la fraternidad y la misericordia.

Acto penitencial

- «Se llenaron todos del Espíritu Santo». Por todas la veces en las que cerramos nuestro corazón a la acción de la gracia y vivimos sin tener en cuenta la voluntad del Dios. **Señor, ten piedad.**
- «Cristo está en vosotros». Por las veces que no somos testimonio de la presencia de Cristo en nosotros y nos volvemos incapaces de reconocerlo en el rostro del hermano. **Cristo, ten piedad.**
- «Paz a vosotros». Por las veces en las que no somos instrumentos de la paz del Señor, sino precursores de enfrentamientos, disputas y recelos. **Señor, ten piedad.**

Monición para las lecturas

Pentecostés es el día del Espíritu Santo, la Iglesia camina con la confianza de que Jesús habita en ella. Los apóstoles, aquel día, vieron como sus corazones son transformados y como se sienten renovados para recorrer los caminos con el celo por el Evangelio.

San Pablo, en la segunda lectura, nos enseñará que aquellos que se dejan guiar por el Espíritu Santo son considerados hijos de Dios. Es una invitación a tomar conciencia de nuestro bautismo, del Espíritu Santo que habita en nosotros y que, como a los apóstoles, nos transforma y vivifica, haciéndonos capaces de Dios, y siendo portadores de su amor. Este es el envío que hoy el Señor nos hace: ser evangelizadores con espíritu, instrumentos de su paz.

Homilía

Aquel día «estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos». Así es como encontramos a Iglesia naciente tras la muerte de Jesús, con miedo, con temor, escondidos,

pero unidos. Vivían las dificultades de aquel momento, las dudas e incertidumbres, pero permanecían unidos. Y en esa unidad, se cumplió la promesa del envío del Espíritu Santo, que descendió sobre ellos concediéndoles la fuerza que necesitaban para convertirse en testigos. Y es que sin el Espíritu Santo no es posible la experiencia de Cristo en nuestra vida. Dios siempre tiene la iniciativa.

Con el Espíritu Santo comienza el tiempo de la Iglesia, es el momento de la evangelización, de sembrar el Evangelio «siempre de nuevo» en el corazón de esta humanidad. Y en esta tarea, hemos de acogernos a la novedad del Espíritu, aprender a valorar nuestras iniciativas y procesos pero no haciendo de ellos las piedras pesadas que nos impidan avanzar, sino incorporando las iniciativas que nos ayuden a presentar la Buena Noticia, como la mejor de las propuestas, también para el hombre de hoy.

Hoy toda la Iglesia acogemos los dones del Espíritu, no como un regalo merecido, sino como una vivencia alegre de la misión. Cristo es nuestra verdad, el que da sentido a nuestra vida y el que nos hace capaces para la acogida fraterna del hermano, venga como venga. No se trata de dejarnos llevar por las modas de este mundo, sino arraigar nuestro corazón cada vez más en Jesús, tomar conciencia de la presencia del Espíritu Santo en nosotros y testimoniar, con nuestra vida, una Esperanza Nueva para todos los hombres.

Es una llamada a toda la Iglesia pero donde los laicos tenéis una responsabilidad especial por vuestra inserción en el mundo. No se trata de vivir ajenos, escondidos, pues eso es signo de la vida de los apóstoles antes de recibir la fuerza del Espíritu, sino vivir siendo luz y sal en medio de las realidades en las que desarrolláis la vida, siendo fermento y testimoniando la alegría. Para ello, hemos de acoger las palabras del papa Francisco y vivir como «evangelizadores con Espíritu», abiertos sin temor a la acción del Espíritu Santo. Cristianos laicos que poniendo el encuentro con Cristo como el centro de

su vida lo viven, cada día, desde la oración, desde la contemplación de la vida de Cristo, desde la fe que crece en la confianza de que Él nos ama siempre, «que vive, que es capaz de intervenir misteriosamente, que no nos abandona, que saca bien del mal con su poder y con su infinita creatividad. Es creer que Él marcha victorioso en la historia en unión con los suyos, los llamados, los elegidos y los fieles» (EG, n. 278).

Desde esta perspectiva «salir» es una llamada a anunciar a todos que «el amor del Señor no se ha acabado» (EG, n. 6). Un anuncio que no excluye a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría. «Caminar» descubriendo que es Cristo quien camina con nosotros; que no nos deja solos, sino que nos acompaña para compartir nuestros gozos o restaurar nuestra esperanza. Y «sembrar» la Palabra de Dios en el corazón de todas las personas que necesitan vivir con alegría y esperanza. «Todos somos llamados a ofrecer a los demás el testimonio explícito del amor salvífico del Señor, que más allá de nuestras imperfecciones nos ofrece su cercanía, su Palabra, su fuerza, y le da un sentido a nuestra vida. Tu corazón sabe que no es lo mismo la vida sin Él; entonces eso que has descubierto, eso que te ayuda a vivir y que te da una esperanza, eso es lo que necesitas comunicar a otros» (EG, n. 121).

Hoy celebramos el día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar; pidamos pues la fuerza del Espíritu Santo para que nos haga vivir siempre en camino de conversión, necesaria para poder vivir en permanente estado de misión.

Peticiones

Cristo es el principio y fin de nuestra vida cristiana, fundamento de nuestra acción evangelizadora. Pidamos pues que envíe sobre su Iglesia, de manera especial sobre los laicos, el Espíritu que nos capacite,

desde la vivencia de la alegría, a ser sal y luz en medio de nuestro mundo. A cada invocación, responderemos: *Envía, Señor, tu Espíritu Santo.*

- Señor, te pedimos que nos enseñes a «salir» para llegar a todos los hombres con el deseo de acoger e integrar, haciéndoles partícipes de la alegría del Evangelio, Luz capaz de iluminar todas nuestras oscuridades. **Oremos.**
- Señor, te pedimos que en la Iglesia todos los cristianos no nos cansemos de «caminar» unidos, guiados por la fuerza de tu Espíritu Santo. Que tomemos conciencia de que somos partes de un mismo cuerpo y que Tú eres nuestra única cabeza. **Oremos.**
- Señor, te pedimos que nos enseñes a «sembrar» tu Palabra en el corazón de todos los hombres. Que la acojamos en nosotros como la fuente que sacia nuestra sed, y la sepamos compartir con todos aquellos que la buscan sin descanso. **Oremos.**
- Señor, derrama sobre la Acción Católica y todos los laicos los dones de tu Espíritu Santo, que nos convierta en discípulos según tu corazón. Haznos dóciles a tus inspiraciones, humildes a tu voluntad y prontos para vivir la corresponsabilidad en la misión. **Oremos.**
- Señor, haznos conscientes de nuestra vocación. Haz que en toda la Iglesia aprendamos a vivir desde la vocación que hemos recibido de ti, es decir, que aprendamos a vivir nuestra vida cristiana como respuesta al amor tan grande que derramas sobre nosotros, y que desde este amor entendamos dónde nos llamas a servir. **Oremos.**
- Señor, haznos capaces de una vida cristiana que nos mueva a descubrirte en cada acontecimiento y en cada persona, de manera especial en aquellos donde tus nos dices, más claramente, que estás presente, en los pobres, los enfermos, los excluidos, incomprendidos o marginados. **Oremos.**

